

EL TIEMPO FINAL DE LOS SANTUARIOS IBÉRICOS EN LOS PROCESOS DE IMPACTO Y CONSOLIDACIÓN DEL MUNDO ROMANO

TRINIDAD TORTOSA ROCAMORA – SEBASTIÁN F. RAMALLO
ASENSIO (EDS.), *El tiempo final de los santuarios ibéricos en los pro-
cesos de impacto y consolidación del mundo romano* (Anejos de *AEspA*
LXXXIX), Mérida, Consejo Superior de Investigaciones Científicas,
2017, 257 pp. [ISBN: 978-84-00-10260-9].

JORGE GARCÍA CARDIEL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID – GRUPO OCCIDENS

NO DESCUBRIREMOS NADA SI AFIRMAMOS que la vieja querencia de los arqueólogos por los esquemas tripartitos, por las culturas que nacen, culminan y decaen, en ocasiones se prueba poco operativa. Pero esta querencia, como todo buen apriorismo que se precie, continúa profundamente arraigada en nuestro imaginario, y trabajar *contra* ella, investigar *contra* ella, requiere del esfuerzo adicional que conlleva todo camino contracorriente. Así sucede en el mundo ibérico. Y ello pese a que hace ya setenta años A. García y Bellido alertara de que muchos de los más espectaculares desarrollos culturales ibéricos se produjeron en ese período de supuesta decadencia; independientemente de que en 1981 se publicara *La baja época de la cultura ibérica*, libro el que varios de los más reputados iberistas de la época se esforzaron por actualizar sus conocimientos sobre un período, esa “baja época”, mucho menos estudiado que la llamada Fase Ibérica Plena.

Pero es que, además, no lo perdamos de vista, la “baja época” ibérica coincide con los primeros siglos de la presencia romana en Hispania, con lo que su estudio entra de lleno en uno de los aspectos más controvertidos de la investigación histórica de las últimas décadas: la discutida adecuación del paradigma de la Romanización para explicar las transformaciones observadas en las sociedades que entran en contacto con Roma a lo largo de su proceso expansivo.

En todo este contexto historiográfico, la publicación de un volumen como el aquí reseñado resulta especialmente pertinente. Lo es por varias razones. En primer

lugar, porque supone la continuación de un ciclo de congresos, y de sus correspondientes publicaciones, que T. Tortosa (asociada en origen a S. Celestino, y en esta última entrega a S. Ramallo) viene impulsando desde 2005 para fomentar el estudio de la religiosidad ibérica, un ámbito en el que en los últimos tiempos se están produciendo interesantísimas aportaciones. En segundo lugar, porque las investigaciones recientemente publicadas sobre santuarios ibéricos como el Cerro de los Santos, La Serreta, La Malladeta, la Cueva de la Lobera, Las Atalayuelas o La Luz, por citar solo algunos, están arrojando toda una serie de datos renovadores que era necesario sistematizar y poner en común en un foro científico como este. Y, en tercer lugar, porque la investigación del mundo ibérico tiene mucho que decir, y tan solo está comenzando a hacerlo, sobre los procesos de integración de las provincias en el universo romano, un ámbito científico liderado en las últimas décadas por los colegas británicos, estadounidenses y franceses, no tan familiarizados en muchos casos con la cultura material peninsular.

El libro, publicado en los Anejos de *Archivo Español de Arqueología*, arranca con un cuidado prólogo de L. Abad, él mismo un gran conocedor de todos estos fenómenos (así lo demuestran sus investigaciones sobre los santuarios de Castillo de Guardamar o Agualejas, por ejemplo) por mucho que modestamente se presente tan solo como un amigo de la editora. En estas páginas, Abad reflexiona sobre el debate identitario desatado en el mundo ibérico durante los siglos II y I a.C. y sobre los papeles que el fenómeno religioso y el contacto con Roma desempeñaron en el proceso.

No es casualidad que el primer artículo del libro, firmado por F. Beltrán Llorís, verse sobre el concepto de “Romanización”. En él, Beltrán se aplica a deconstruir los argumentos de los principales fustigadores del paradigma romanizador, arguyendo a su vez que muchas de sus críticas en realidad han sido ya asumidas por quienes, como el propio autor, consideran válida esta vía de aproximación. Beltrán reivindica la importancia de los cambios religiosos operados en la Hispania republicana, no comparables quizás a los introducidos durante el principado de Augusto pero sí de suficiente calado como para ser tenidos en cuenta. El resto de los artículos del presente volumen no harán más que darle la razón en esto último, por mucho que sus autores hayan optado por lo general por perífrasis menos connotadas que el concepto de “Romanización”, como la que titula el propio libro.

En su análisis de los espacios de culto del noreste peninsular, J. Principal arguye que, frente a la continuidad generalmente aceptada más allá de la llegada de Roma, el registro arqueológico evidencia que los santuarios urbanos se vieron potenciados por la nueva administración provincial, y que la supuesta pervivencia de los santuarios extraurbanos y los recintos sacros en altura carece en realidad de toda base empírica. Más que “elementos de continuidad”, los santuarios del noreste deben entenderse como espacios de construcción identitaria y política. Semejante aproximación defiende A. Ribera sobre los espacios de culto en la *Valentia* republicana, datables tanto

antes de la fundación de la ciudad (como el santuario de Atenea-Minerva mencionado por Avieno, o el área sacra de época bárquida documentada al norte de lo que más tarde sería el núcleo urbano) como contemporáneos a esta (toda una serie de depósitos fundacionales dispersos por el enclave) y posteriores (el santuario de Asclepios, que se mantuvo en uso pese a la destrucción de la ciudad por Pompeyo, o el recinto de la Plaza Cisneros, relacionado quizá con los cultos que la población itálica de la colonia trajo consigo desde la tierra patria). Cada uno de estos santuarios materializaba unos discursos político-identitarios diferentes, por lo que sus comportamientos a lo largo del período tardorrepublicano variarían.

Los dos siguientes artículos, redactados por I. Grau e I. Amorós y por F. Brotons y S. Ramallo respectivamente, dialogan entre sí. El primero, alusivo a los santuarios de los territorios de la Serreta, Saitabi y Alon, estudia los ritos documentados en ellos, los pone en relación con las transformaciones en el patrón de poblamiento, y reflexiona sobre el abandono de todos estos santuarios coincidiendo con los procesos de municipalización implementados en los asentamientos de los que dependían, salvo en el caso de la Serreta, que pervive *pese a* (o quizás *debido a*) la destrucción del poblado, pasando a desempeñar el papel de centro integrador de un territorio rural sin grandes núcleos urbanos. Algo parecido sucede, acaso, en el Cerro de los Santos, donde Brotons y Ramallo analizan los datos disponibles sobre el templo erigido en su ladera norte y los ponen en relación con las informaciones obtenidas durante su excavación del templo B de La Encarnación, deduciendo que, frente a lo que siempre se había mantenido, la estructura albacetense es de época augustea y se construyó amortizando en un depósito ritual buena parte de las antiguas esculturas del santuario, resignificando así el espacio sagrado pero manteniendo su culto todavía en época imperial.

Igualmente interrelacionados parecen los artículos de L. López Mondéjar y F. Ramos y de A. Comino y T. Tortosa. Ambos ofrecen meritorias sistematizaciones sobre sendos conjuntos de datos arqueológicos enormemente dispersos, bien porque derivan de intervenciones arqueológicas de urgencia, en el caso de los espacios sagrados de Lorca, o bien porque son el resultado de casi un siglo de investigaciones, como en el del santuario de La Luz. En Lorca, observamos el caso de un espacio sagrado que se ve amortizado a mediados del siglo IV a.C. por una necrópolis, circunstancia contraria a la que se documenta en La Luz, donde a propuesta de las autoras el santuario aparece en el siglo IV a.C. precisamente en torno a un viejo conjunto de sepulturas. También en estos dos espacios sacros se produce un proceso monumentalizador próximo al cambio de Era, de manera coherente a lo que las últimas investigaciones apuntan, lo acabamos de ver, para los otros santuarios del sureste.

En lo que se refiere al ámbito andaluz, C. Rueda y A. Ruiz Rodríguez nos presentan diversas estrategias de “continuidad” en los santuarios del Alto Guadalquivir, acordes, como ellos mismos verifican, con los heterogéneos procesos territoriales y

políticos puestos en marcha en la zona durante la provincialización romana. Observamos así que en los santuarios territoriales de Cástulo pervive el espacio sacro pero se evidencian profundas rupturas en el ritual y las creencias, mientras que en Las Atalayuelas se levanta *ex novo* un nuevo santuario en el siglo II a.C. pero en él se practican ritos y se materializan símbolos con una larga tradición en el imaginario ibérico local. J.A. Morena y Á. Ventura, por su parte, centran su estudio en el santuario de Torreparedones, analizando su advocación y rituales y abogando por la existencia en este espacio de una elite sacerdotal especializada, encargada entre otras cosas de supervisar las prácticas adivinatorias y terapéuticas que allí se practicaron entre el siglo II a.C. y el II d.C.; sacerdotes cuya presencia podría venir avalada por la iconografía de algunos de los exvotos amortizados en la primera época del santuario, pero que desde luego queda demostrada para su segunda época gracias a un epígrafe recientemente aparecido en la curia colonial.

Saliendo ya del ámbito ibérico, entre los trabajos de F. Marco y del equipo de M. Orfila el lector puede percibir una cierta sintonía, tanto más significativa cuanto que tratan de culturas tan alejadas como la celtibérica y la talayótica. F. Marco estudia en primer lugar los procesos de monumentalización que los espacios sacros celtibéricos experimentaron entre los siglos II y I a.C., señalando que dicho proceso no tenía por qué entrañar un fenómeno de romanización, y pasa después a analizar los sucesivos procesos de resemantización que el santuario celtibérico de Turiaso experimentó tras la conquista romana, y la sacralización de un espacio sagrado que antes no lo era en Segóbriga, para culminar finalmente aproximándose al empleo de la escritura (latina, pero también celtibérica) para dotar de nuevas connotaciones a los santuarios ancestrales. Algo parecido nos encontramos en las islas Baleares, donde el equipo de Orfila desgrana un recuento de los materiales romanos presentes en los viejos santuarios talayóticos, analiza las imágenes de las deidades romanas recuperadas en estos espacios (deidades cuya selección evidencia un claro ánimo de reinterpretar las antiguas divinidades locales) y se detiene finalmente en el estudio de la Cova dels Jurats de Cales Coves, un santuario local en el que se perciben similares prácticas de comensalidad entre los siglos III a.C. y III d.C., pero en el que en determinado momento la percepción del espacio, y posiblemente también su significación, se vio alterada a causa de la consignación en la pared de entrada de toda una serie de epígrafes y dedicaciones en latín.

El volumen se cierra con dos intervenciones centradas en el espacio itálico. G. Garbati, en primer lugar, estudia las transformaciones operadas en la iconografía sarda entre los siglos III y I a.C., reparando en fenómenos tales como la *interpretatio* plasmada en el frontón del antiguo templo de Antas, la continuidad que los exvotos de Nora y Santa Margherita di Paula evidencian pese a la transición entre la hegemonía cartaginesa y la romana, o los procesos de selección y reinterpretación cultural observados en referencia a la difusión por los santuarios de la isla de los famosos

exvotos anatómicos itálicos. T.D. Stek, por último, reivindica un estudio de los procesos “romanizadores” que tenga en cuenta tanto lo ocurrido en Italia como en las provincias y que atienda a la *longue durée*; solo así comprenderemos mejor aspectos tales como la especificidad de la religiosidad de los pueblos itálicos respecto de la romana hasta bien entrado el siglo I a.C., la imitación que en la Munigua de época flavia se llevó a cabo de los antiguos santuarios itálicos, atribuyéndoles unas connotaciones étnico-políticas totalmente distintas de las que aquellos tenían antes de que Roma pervirtiera su significado original, o el curioso y cambiante papel que los antiguos santuarios itálicos desempeñaron en el proceso colonizador romano, mucho más complejo de lo que siempre se había asumido.

En definitiva, *El tiempo final de los santuarios ibéricos* comprende un conjunto de aportaciones, interesantísimas y bien trabadas entre sí, sobre el papel que estos espacios sacros desempeñaron en los procesos de transformación política e identitaria desencadenados a raíz de la intervención romana en Iberia. Atrás queda la consideración de los santuarios ibéricos como espacios rurales situados al margen de la política, pero también aquellos tiempos en los que se aplicaba acrítica y mecánicamente las teorías de Polignac a unas sociedades bien distintas de las *poleis* arcaicas en las que el gran investigador francés centró sus trabajos. Atrás quedan, sobre todo, los intentos de explicar los espacios sacros ibéricos de manera unívoca y estática. Si en algo coinciden todos los autores intervinientes en el volumen es en que la vieja polaridad “continuidad vs. ruptura” poco tiene que aportar a la comprensión de estos espacios a través del proceso de provincialización romana de Hispania.

En el libro que tenemos entre manos echamos de menos alguna intervención relativa a los santuarios feniciopúnicos peninsulares, unos espacios en los que entraban en juego prácticas y creencias diversas a las de los santuarios ibéricos pero que participaron posiblemente de idénticas dinámicas a lo largo del llamado proceso romanizador. Pero poco más podemos reprochar a una publicación como esta, que encontramos necesaria, como comenzábamos diciendo, para el devenir de las investigaciones sobre la religiosidad ibérica. Y también para una mejor comprensión de eso que, para entendernos, podemos llamar “Romanización”, y que tantas veces se analiza partiendo de grandes narrativas basadas en sociedades provinciales muy distintas a la hispana, a la ibérica.